

LA SOMBRA DEL CIPRÉS



Retrato de Alfonsa de la Torre

La publicación de su 'Obra Poética'
rescata del olvido a una valiosa
y heterodoxa escritora secreta [P3]



Tras los pasos de Alfonsa

La publicación de su biografía y la edición crítica de su obra completa rescatan del olvido a la poeta cuellarana Alfonsa de la Torre, una escritora adelantada a su tiempo



Esta es la historia de una mujer extraordinaria en el sentido más estricto de la palabra. Una de esas mujeres escondidas, a las que el azar o el empeño de alguna voluntad entusiasta rescata del olvido y coloca en el lugar que si no tuvieron en vida al menos merece su recuerdo.

Alfonsa de la Torre (Cuéllar, 1915-1993) fue una vez mucho más que una joven promesa de la literatura española, fue también una pionera en las costumbres, que vestía con pantalones cuando eso suponía reunir alrededor una colección de miradas de censura, que cansada de Madrid y de su ambiente literario se encerró en su casa de Cuéllar con su compañera, la también poeta Juana García Noreña. Un dato más de su carácter pionero.

Ese encierro cuando su carrera literaria estaba en pleno auge fue lo que apagó su estrella social y profesional.

Pero antes de que eso ocurriera

Alfonsa de la Torre había sido una prometidora alumna de Pedro Salinas, discípula de Dionisio Ridruejo que escribió una semblanza de su amiga en El Norte de Castilla en 1934 cuando ya la poesía formaba parte de su vida; había conseguido becas para ampliar estudios en el extranjero y empezaba a ser admirada por escritores como Gerardo Diego que en una reseña de su libro 'Oratorio de San Bernardino', publicada en el diario 'Abc' en 1951, se refiere a ella como una 'cultísima humanista'. De este libro, tercero de su trayectoria tras 'Égloga' (1943) y 'Oda a la reina del Irán' (1948) y el que marca, al menos cronológicamente el punto medio de su creación, afirma el académico y miembro de la Generación del 27: (...) «Pero como poema intelectual, que sea algo más que el desahogo momentáneo y casi irresponsable de la emoción directa, el 'Oratorio de San Bernardino' requiere una lectura y relectura atenta hasta dar tiempo a empaparse de todas sus esencias y de penetrar del brazo de sus motivos de pasión, ternura, gozo y violencia, hasta el hondón de todos sus símbolos y conceptos».

Pero no fue el único que dejó por escrito la admiración por sus versos. El doctor Gregorio Marañón afirmó tras su lectura: «Extraordinario oratorio, ¡qué magnífica, profunda y delicada poesía! Muchos de estos poemas no se me olvidarán en la vida». Y Francisco Javier Martín Abril, con quien mantuvo la poeta una estrecha amistad, fue más lejos al escribir: «Si me preguntan por una poeta de hoy, contestaría que Alfonsa de la Torre, si de ayer diría Teresa de Ávila, Santa Teresa».

Sesenta años después de esos elogios y casi tantos de silencio el nombre de Alfonsa de la Torre es recordado por unos y descubierto por la mayoría, gracias sobre todo a la publicación de su obra completa. Una empresa que han llevado a cabo la editorial Eila -dedicada a rescatar del olvido a mujeres influyentes- y el Ayuntamiento de Cuéllar, cuya concejala de Cultura, Mari Car-

men Gómez se ha comprometido con su rescate.

Para la directora de la editorial, María Luis Maillard, fue el azar el que propició el encuentro con el sobrino de la escritora, el pintor Jesús Gon-

zález de la Torre, cuyo empeño en rescatar del olvido la obra de su tía venía de tiempo atrás. En ese momento el sello editorial estaba comenzando su proyecto de publicación de biografías de mujeres, en colaboración con la

Asociación Matritense de Mujeres Universitarias. La de Alfonsa de la Torre escrita por su sobrino se publicó en el 2009.

«No sólo nos sedujo el personaje de Alfonsa afirma María Luisa Maillard- sino también una obra poética compleja y a veces paradójica, que aunaba una gran perfección formal, con una intuición poética de rai-gambre popular, y que desembocaba en una peculiar trascendencia esotérica, emparentada con el Modernismo. Comenzamos a elucubrar sobre la posibilidad de editar su Obra Poética, en aquel momento ya

descatalogada. ¿Cómo una poeta capaz de tal hondura y tales registros del lenguaje era desconocida en el panorama de la poesía española?»
Pregunta de difícil respuesta, aunque, como ella misma se responde, es fácil aventurar varios motivos: el encierro físico en Cuéllar, si, pero también el hecho de que su poesía se desarrollara siempre al margen de las modas y de los cánones de cada momento.
Esa complejidad y variedad de su poesía, su difícil encasillamiento, y una serie de aparentes contradicciones entre un cierto acomodo a los cánones de la época, como la abundancia de poesía de temática religiosa, y al mismo tiempo un pensamiento profundo muy alejado de esos cánones y teñido de heterodoxia, son elementos que jugaron en contra de una mayor consideración crítica en su época. Así lo pone de manifiesto la profesora de la Universidad de las Islas Baleares María Payeras, sin duda, una de las personas que con más ahínco han estudiado su obra y autora del estudio preliminar de la 'Obra poética'.

Temas como el ocultismo, lo esoté-



La poeta segoviana Alfonsa de la Torre, que esta tarde, a las siete, dará una lectura de versos en el salón de actos del Ateneo.

EL PULSO DE LOS DIAS
"Plaza de las Obediencias", libro de poemas de Alfonsa de la Torre y Rojas
Por N. Sanz y Ruiz de la Peña
Fresca la vida, memórias de...
Deseas, añoras, España.
Permítame, poeta, salud perdona.
Con modesta elegancia de otras vocaciones.

El Norte de Castilla
AYER EN EL ATENEO
La poetisa segoviana Alfonsa de la Torre, dió una interesante lectura de versos
Ayer, a las siete de la tarde, y ante un público de verídica atención que se agolpó en el salón de actos del Ateneo de Segovia, don Alberto Gómez Botondo, presidente del Ateneo de Segovia, don Alberto Gómez Botondo, presidente del Ateneo de Segovia, don Alberto Gómez Botondo, presidente del Ateneo de Segovia...



La poeta segoviana Alfonsa de la Torre, con el presidente del Ateneo de Segovia, don Alberto Gómez Botondo, y el secretario del de Valladolid, don N. Sanz y Ruiz de la Peña, y varias señoras, en el hall de la docta casa, antes de dar su lectura de versos.

Páginas de El Norte de Castilla en las que aparece, arriba, una jovencísima Alfonsa, 'retratada' por Dionisio Ridruejo. Debajo en una de las pocas imágenes en las que aparece con su compañera Juana García Noreña, segunda por la izquierda (Alfonsa es la segunda por la derecha). Al lado, con un vestido largo blanco, en el Ateneo de Valladolid.

o el reflejo de una sexualidad alternativa no habían sido estudiados en su hasta este momento.

«La simbología, en la que su obra poética es tan pródiga, enlaza su vertiente artística con la faceta menos convencional de su aprendizaje personal que la vincula al estudio de disciplinas esotéricas, cuestión que tiene en la temática de 'Plazuela de las obediencias', su último poemario publicado, el principal exponente», escribe Payeras.

Sobre el segundo tema, afirma: «Poemas como 'El juicio de Lilith' o 'Amazonas veladas' inciden de forma transgresora en la representación de la sexualidad femenina y «evidencian los escollos morales y sociales que han de afrontar quienes optan por una sexualidad alternativa, representando modelos de conducta no asimilados por el sistema dominante».

Payeras se detiene en el poema 'Amazonas veladas', «uno de los textos, no infrecuentes en la obra de Alfonso, que se refieren a una comunidad de mujeres solas. Guerreras implacables, totalmente independientes del varón al que no aceptan en su sociedad, reacias al matrimonio etc., las amazonas mitológicas presentan una imagen de carácter andrógino compatible con el concepto de homosexualidad lésbica, enfoque interpretativo que ya señaló en su día Ramírez de Arellano».

Alfonsa de la Torre era además una mujer muy culta que se interesaba por los avances científicos y por las teorías del psicoanálisis. Y todo ello queda reflejado más o menos evidentemente en su obra.

Fue tras la publicación y el éxito de su 'Oratorio de San Bernardino' cuando en 1950

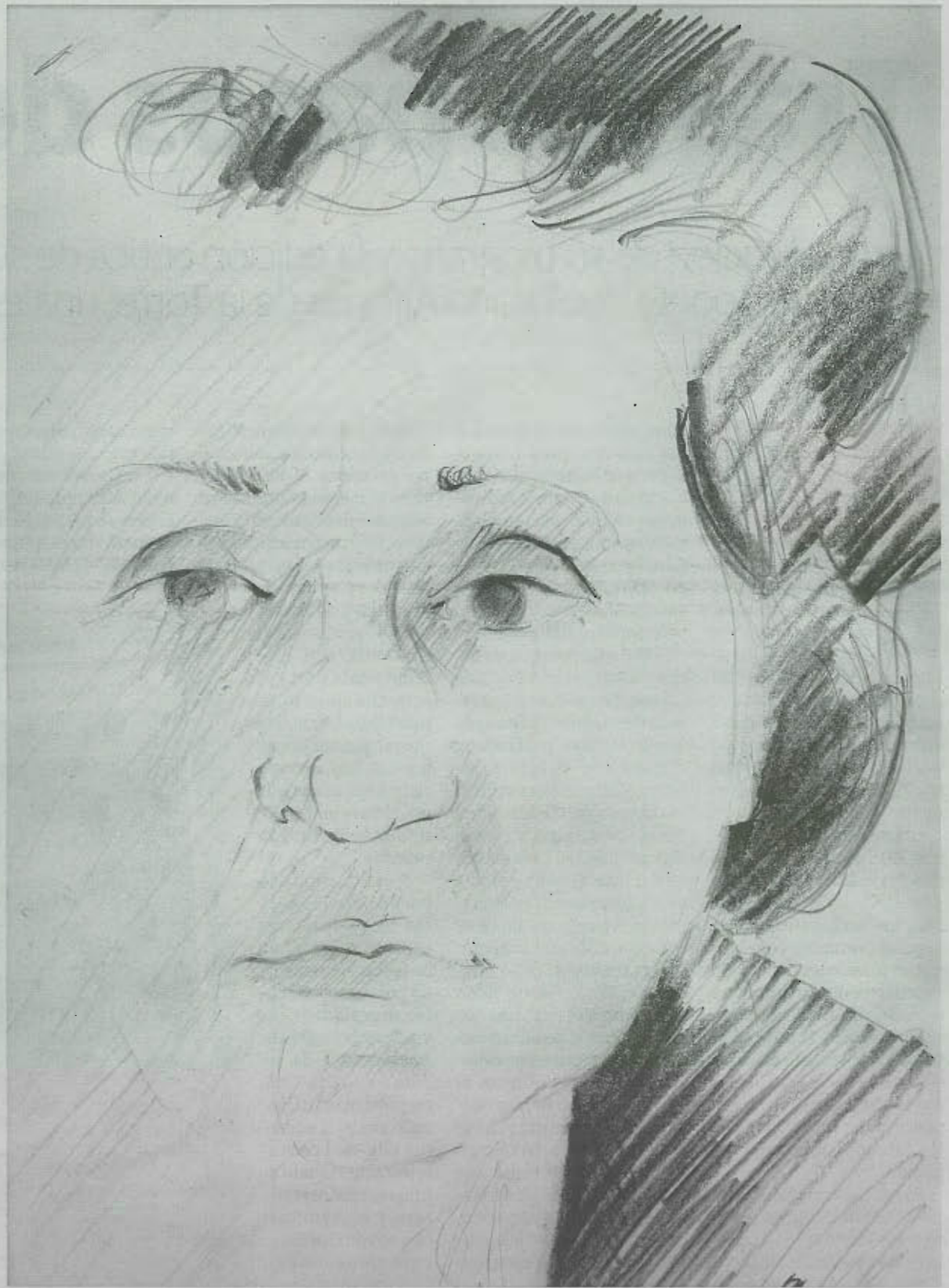
Alfonsa de la Torre se encierra en Cuéllar. Aún publicaría 'Epitalamio a Fabiola' en 1960 y 'Plazuela de las obediencias' una década después. Este último suscitó elogiosas críticas tanto de Guillermo Díaz Plaja en 'Abc' como de Nicomedes San y Ruiz de la Peña en 'El Norte'.

A partir de su retirada del ambiente literario de la capital sus apariciones en los medios se circunscriben a los que abarcaban los alrededores de La Charca, una casa, su casa, situada a medio camino entre Segovia y Valladolid. Una casa de rasgos modernistas, que luce en la fachada algunos símbolos esotéricos y alrededor de la cual circulan todo tipo de leyendas. Y algunas curiosas realidades, como el hecho de que Alfonso le gustara recitar poemas subida a algunos de los muchos pinos que rodean la finca, actividad que compartía con su compañera Juana que la contestaba desde otro pino cercano.

Resulta curioso rastrear su vida en sus breves apariciones en 'El Norte de Castilla' donde gozaba del afecto y la consideración entre otros de Martín Abril que le dedicó numerosos artículos y que daba cuenta de las veces que Alfonso le escribía o le llamaba por teléfono.

En 1967, la poeta es la presidenta del jurado de un premio poético convocado en Cuéllar con motivo del Día de la Provincia. El enviado especial del periódico a tal acontecimiento no es otro que el entonces joven periodista Manu Leguineche, quien la entrevista.

Anécdotas aparte, hablamos de un libro de muy recomendable lectura y de una mujer que merece la pena conocer.



Humanista y heterodoxa



De siempre Alfonso fue uno de los miembros de mi familia que mayor curiosidad y admiración despertó en mí. Hija de Laura Rojas y Juan José de la Torre (médico de profesión y curioso personaje conocido por Don Juanillo) nació adornada con los dones de la fantasía que una inesperada y pasajera ceguera potenció. Durante el tiempo de ceguera dictaba so-

netos a su madre que luego guardaba en un cofre junto a postales con vistas del Oriente. Más tarde los enviaría a una imprenta, ésta cerró y los sonetos desaparecieron. Pasado un tiempo, comenzó a recordarlos, uno a uno, como dictados por alguien. En Cuéllar estudió en el colegio de La Divina Pastora y, por sugerencia de su tía Elvira, se trasladó a Segovia para estudiar el Bachillerato. En la ciudad del Acueducto convivió con Alfonso en casa de nuestra común tía Elvira. A veces, la seguía por los pasillos para que me contara cuentos e historias fantásticas.

En Madrid se doctoró con

premio extraordinario con una tesis sobre Carolina Coronado. Recibió becas para Francia, Portugal e Italia. Frequentó la tertulia literaria del madrileño café Gijón. En esos años se alojaba en la Residencia de Señoritas, situada cerca de nuestro domicilio, lo que hizo que el trato, con ella, fuera estrecho, intensificándose a la muerte de su hermano, Juan José, diez años menor que ella. Recuerdo que en una ocasión apareció con un jersey negro de cuello alto y enfundada en unos pantalones, era la primera vez que veía a una mujer de la familia con esta prenda. También recuerdo mi asistencia a la

presentación de una obra suya en el Instituto Italiano de Cultura.

Su primera obra 'Égloga' (1943) recoge poemas transparentes en forma de décimas con su ciudad natal como escenario. A mediados de siglo un nuevo libro titulado 'Oratorio de San Bernardino' nace de un arrebato místico du-

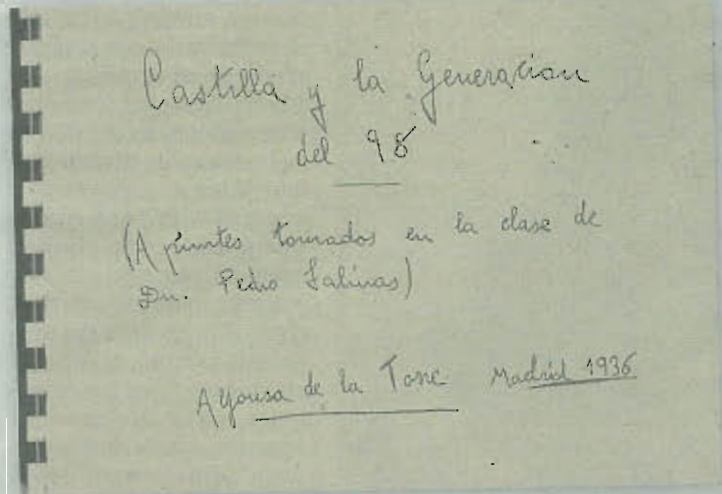
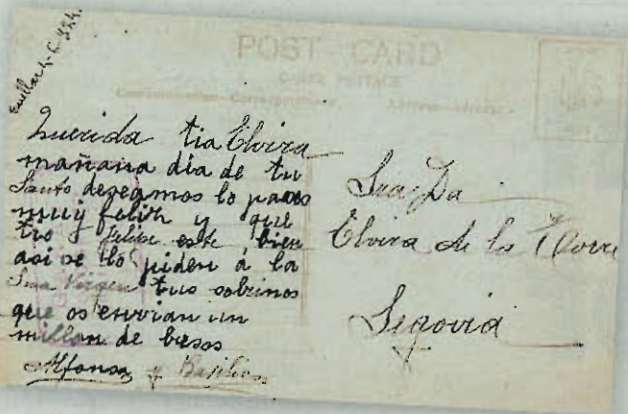
Cansada de los medios literarios madrileños partió hacia Cuéllar con su compañera Juana

rante su estancia en la ciudad de Perugia; son versos de gran altura espiritual como el pájaro solitario que era: «Y Dios me repetía / que ese nombre era el mío / que me llamaba Alondra, / pero yo bien sabía / que me llamaba Alfonso...». La poeta se identifica con este ave y emprende el vuelo con ayuda de San Juan de la Cruz. La crítica la proclama una de las voces más importantes del momento y las muestras de reconocimiento hacia su obra son numerosas. Y en los años setenta su último libro 'La Plazuela de las Obediencias', es recibido con parecidos elogios.

A mediados del pasado siglo, cansada de los medios literarios madrileños, partió hacia Cuéllar, no sin antes presentarnos a su compañera, la joven poeta Juana García Noreña, con la que convi-

virá hasta su muerte. En La Charca una casa rodeada de pinos por donde al atardecer la poeta «se adentraba en la espesura» en busca de la palabra secreta. En los atardeceres veraniegos Alfonso se encaramaba a un pino y desde allí leía en voz alta algunos poemas, mientras su compañera Juana, desde otro pino la contestaba. De noche, se asomaba al más alto balcón de la casa y desde allí, contemplaba el cielo estrellado. (Algunas de estas estrellas se adentrarían en su vivienda y adornarían su interior). La personalidad de Alfonso hizo difícil el trato con sus paisanos, si bien era de una simpatía desbordante con quien quería. A mí memoria vienen los años del descubrimiento de Theilard de Chardin y la forma exaltada de referirse a su obra. Estaba al tanto de la

Un feliz acontecimiento



En la otra página, dibujo de la escritora. Sobre estas líneas, postales enviadas a su familia y la portada de los apuntes recogidos en clase de Pedro Salinas. A la izquierda, Alfonso de la Torre con su hermano menor.



Pocos acontecimientos tan destacables en las Letras de nuestra región como la reciente aparición de la 'Poesía completa' de Alfonso de la Torre, una de nuestras poetisas más singulares a la que la inexplicable desidia en la que vive la poesía (este es un fenómeno desgraciadamente universal) había desterrado al limbo del olvido con el agravante de un desconocimiento absoluto.

Hay que celebrar la aparición de esta obra como un acontecimiento y más teniendo en cuenta que sus libros llevaban años sin reeditarse y al margen, por tanto, de cualquier aproximación a una poesía de tanto interés como la de Alfonso de la Torre. Bien conoce la profesora María Payeras ese esfuerzo cuando intentó acceder a

tales obras, con la intención de abordar un estudio académico sobre la autora, un estudio como el que abre la edición a que me refiero. Para concluir esta secuencia de agradecimientos no deseo olvidar el interés que su sobrino, Jesús G. de la Torre, ha mantenido respecto a la obra

de su tía aunque tal interés no haya podido evitar tropelías como la malvaratada venta, tras su muerte, de la magnífica biblioteca de Alfonso, alguno de cuyos volúmenes (bastantes a ella dedicados por los autores) aún pude comprar en ciertas librerías de lance de estas tierras. Idéntica gratitud debo manifestar a las editoras de esta obra, sin cuyo esfuerzo y riesgo no podríamos disponer de ella.

Varios son los modos de acercamiento a la obra de un autor, el primero por el conocimiento de sus libros y después, si es posible, por el acceso a su persona. En mi caso concreto (casi en mi adolescencia) el azar puso a mi alcance las 'Décimas' que la poetisa dedicó a Cuéllar, su lugar de nacimiento y desde entonces he tenido esos poemas como una serie de lo más logrado de su obra. Muchos años después, casi al final de su vida, por motivos de salud, Alfonso debió trasladarse unas cuantas veces a Segovia y fue entonces, por mediación de una amiga común, cuando tuve ocasión de conocerla personalmente, muy tarde sin duda.

Quisiera detenerme un momento en estas 'Décimas' que siguen, en mi estima, ocupando un lugar destacado en su poesía. Esta estrofa tienen gran tradición en la poesía española desde que Vicente Espinel la incorporase al repertorio de nuestra métrica. Lope, Góngora o Moratín entre los clásicos la usaron con envidiable maestría y más cerca de nosotros, Jorge Guillén, Luis Cernu-

da o Gerardo Diego. Al tratarse de una estrofa breve (10 versos) y de un ritmo específico y cerrado, su uso supone un reto para cualquiera que se arriesgue a utilizarla; nuestra autora, por supuesto, sale bien airosa del lance.

El esquema métrico de Alfonso se atiene a la tradicional 'espinela', manejado con tal soltura y emoción que nada tiene que envidiar a sus precedentes. En un texto de la brevedad de éste, me es imposible detenerme, más allá de una elemental alusión, a estos poemas, sin embargo

Las 'Décimas', una estrofa de gran tradición española, ocupan un lugar destacado en su poesía

La poetisa está lejos de confundir los valores del arte con los de la vida, reservando su energía para su obra

no me resisto a incluir una de ellas, como muestra que sirva al lector de la materia de que trato el titulado 'Llueve sobre las lomas': «Llueve sobre Cuéllar, llueve / sobre las lomas. ¡Qué suave / se torna el vuelo del ave / bajo las nubes de nieve! / Mientras llueve y se hace leve / manantial la virgen-nube / una fuga de querube / por el aire se percibe / y el pino esponjado exhibe / su aroma que al cielo sube».

Unos cuantos detalles llaman la atención desde la más simple consideración estilística; la epanadiplosis, por ejemplo, del primer verso que, en una estrofa de la economía verbal de la décima, no deja de ser tan arriesgado como sorprendente; a lo que hay que añadir las rimas internas y bellas aliteraciones (verso 5), «vuelo del ave» (verso 3) o las «nubes de nieve» (verso 4). La naturaleza de esta brevísima presentación no me permite más amplias indagaciones en la obra de Alfonso, una obra por otra parte breve.

Sin obligaciones sociales o políticas, la poetisa está lejos de confundir los valores del arte con los de la vida, reservando su energía para su obra; su verso, alejado de un léxico hermético, abunda en analogías brillantes y la avidez por alejarse de lo convencional que tan ocupados tenía a sus contemporáneos 'garcilasistas' de los que (pese a leves coincidencias iniciales) se alejó muy pronto, entregándonos una obra de tono profundamente personal y originalísima.

actualidad literaria a través de la correspondencia epistolar y de la suscripción a revistas. Su interés por la poesía fue constante, en especial por la femenina. Tampoco rompió sus lazos familiares. Cuando la pedí un texto para el catálogo de su primo el pintor Eugenio de la Torre me volvió a repetir que «los Torre aunque nos veamos poco somos como una mafia»

Alfonso, humanista, culta e inquieta tocó diferentes géneros literarios con éxito. Junto al trabajo sobre Carolina Coronado, destaca el exhaustivo sobre la pintora portuguesa Josefina de Ayala que con una beca de la Fundación Gulbenkian la lleva a trasladarse a Lisboa y a coleccionar obras de la pintora. Su cuento 'Celdas para aparcar azucenas azules' fue premio Hucha de Oro. De su trilogía teatral,

la primera obra, 'La desenterrada' comienza a ensayarse en el teatro María Guerrero de Madrid, pero su originalidad y crudeza aconsejó su suspensión.

Cuando tuvo que ingresar en el hospital por un agravamiento de su salud, llegó con un historial clínico, escrito por ella misma, con tan claras explicaciones que parecía una novela. Pero en el momento de la exploración, muy alterada, a grandes voces decía que a ella nadie la tocaba entre gritos de «¡soy virgen! ¡soy virgen!». La operación no resolvió la dolencia, aunque su compañera Juana mostraba su optimismo por la situación favorable de los astros. En esos días mantenía conversaciones con una importante editorial para la publicación de su obra 'Hablando con Andrómeda'.

La obra no se publicó y desapareció. Quizá, la difícil relación con su hermano fue la culpable. Una de las últimas veces que nos vimos fue en el Museo del Prado y me recordó que mi primera visita al museo fue de su mano. Quedamos en llamarnos por teléfono con más frecuencia, y así lo hicimos. Pero más de una vez me decía que repetiría la llamada por estar en ese momento en comunicación con el más allá, generalmente con su padre, a través de la televisión.

Alfonso, maestra en ciencias ocultas, leía el pasado, vacilaba el futuro, poseía poderes sicofónicos y atesoraba secretos saberes aprendidos en la antigua Biblioteca de Alejandría. Había hecho una reconstrucción de sus antepasados familiares que la llevaban hasta el antiguo Egipto.

Con los años su desasosiego fue creciendo y su deseo de fusión con la Luz se desbordaba

Decía que más de una vez se veía en una piscina y al sentirse sola cubría su cuerpo con una túnica sintiendo el roce del lino sobre su piel. O percibía el olor a humedad de las salas de la biblioteca de Alejandría por haber pasado años en ellas (primero de estudiante, después de profesora y, además, porque su padre, de religión copta, estuvo al cuidado de las aulas). Su perfil, su mirada de siglos y algunos hechos biográficos parecían confirmar su ascendencia

egipcia. Alfonso prometió manifestarse cuando abandonara este mundo. Dicen que lo ha cumplido.

No tenía dotes musicales pero le atraía la música. Una noche, oyó una misteriosa melodía «la más bella que jamás había escuchado», creía que provenía de un armario, lo abrió y no encontró nada, pero la melodía continuaba, la invadía y la raptaba «hasta que todo —como en su poema— fue música». Con los años su desasosiego fue creciendo, se sentía fuera del tiempo y su deseo de fusión con la Luz se desbordaba. «Ver al fin algo / Ver al fin algo en Dios / Ver al fin todo». Alfonso, en la que vida y obra iban muy unidas me recuerda a sus queridas beguinas, mujeres ni casadas, ni monjas, buscadoras en el misterio y destinatarias de revelaciones.

Dos constantes destacan en su vida y su poesía: la búsqueda de lo bello, más bien, de lo sublime y el canto a lo femenino; dedicó poemas a la Virgen María, a santas, a reinas, a mujeres de la heterodoxia o a la rosa —símbolo místico a la que dedica una original letanía respondida con 'ora pro rosas'. ¿«Cómo se le ha podido ocurrir a la poetisa la adorable letanía»? se preguntaba Gerardo Diego.

La poeta cuellarana sabía que solo los alquimistas podían levantar el velo de Isis. Por ello al final de su vida pide ayuda a las mujeres del mundo heterodoxo desde un nuevo libro donde canta a las buscadoras de la luz alquímica y de la piedra filosofal.

Murió el 19 de abril de 1993 en su ciudad natal. Meses antes anunció que ese día caería nieve sobre Cuéllar.